

Síntoma y cuerpo

Hugo Piciana

La investigación sobre el síntoma en psicoanálisis tiene sus primeros antecedentes en la correspondencia de Freud con Fliess.

Encontramos, en una carta dirigida a Fliess que data del 19 de febrero de 1899, una cita en donde lo que Freud nos dice es coincidente con sus primeros trabajos psicoanalíticos. En dicha carta, Freud escribe lo siguiente: “El síntoma, sin embargo, situado en medio de la vida, ha de ser además otra cosa, a la vez que el cumplimiento desiderativo de la idea reprimida. Un síntoma se produce cuando la idea reprimida y la represora pueden concurrir en un cumplimiento de deseo. El síntoma es un cumplimiento de deseos de la idea reprimida, por ejemplo, en forma de castigo, de autocastigo, sucedáneo último de la autosatisfacción, del onanismo”.

En esa carta, Freud viene escribiendo sobre el deseo, y se ven los primeros intentos de diferenciar síntoma de deseo.

Lo que me llamó la atención de lo escrito aquí por Freud es que encontramos una anticipación sobre la autosatisfacción inherente al síntoma, lo que nos está indicando una satisfacción que queda marcada por no necesitar de otro, que se autosatisface a pesar del sujeto.

Todos sabemos desde Freud que el síntoma, el síntoma clínico, requiere de una terapéutica – que en 1899 Freud o tardaría en llamar psicoanálisis-, que el paciente habla de su padecimiento aunque no sepa su origen o su causa; en suma que el síntoma habla.

Sí, el síntoma habla, pero no tiene sentido para el sujeto, porque éste no sabe; es un ignorante. Ceñido por la neurosis, el sujeto cae en la trampa de un saber no producido donde el horror al saber circunscribe el movimiento inercial del sujeto.

El paciente habla como puede de lo que lo aqueja. O sea, se lo dirige a otro, el analista. Pero es evidente que no todo es tramitado por la palabra, hay un resto que está en silencio, mudo. Algo que no entra en discurso. Entonces, no todo responde a la regla fundamental de psicoanálisis, no todo se puede decir y dirigir a otro, hay un resto que no se metaboliza.

En el seminario 10, *La angustia*, Lacan produce una afirmación tajante con relación al síntoma: “Ustedes saben que el síntoma no puede ser interpretado directamente, que hace falta la transferencia, es decir la introducción del Otro [...] Porque lo que descubrimos es que el síntoma, en su esencia, no es un llamado al Otro, no es lo que muestra al Otro. El síntoma, en su naturaleza, es goce –no lo olviden- goce engañoso, sin duda [...] el síntoma no tiene necesidad de ustedes, el síntoma se basta, es goce; es decir, algo que va a hacia la Cosa habiendo pasado la barrera del bien, es decir, el principio del placer y por eso dicho goce puede traducirse por *Unlust*”.

La afirmación que hace Lacan pone en evidencia el descubrimiento freudiano de la autosatisfacción del síntoma, el hecho de que el síntoma se satisface solo, recusa al Otro, no necesita del Otro. De lo que se desprende que no entra en transferencia, como nos dice Lacan, no hay una apuesta al trabajo, no se lo pone a trabajar, tiende como tal a la inercia; lo inerte, se puede decir, es una de sus características. De esta manera, podemos ver la articulación entre autosatisfacción y la tendencia a la inercia, en el sentido de lo que vuelve al mismo lugar, la forma como Lacan caracteriza el movimiento de lo real. Pues entonces, lo que Freud llamó el núcleo patógeno del síntoma, para Lacan es lo real del síntoma, o sea, lo real en lo simbólico, ese real que se encuentra en lo simbólico que fracasa en su operación de reabsorberlo, como nos dice Freud en "Inhibición, síntoma y angustia" sobre el síntoma: "Un paralelo que nos es familiar hace ya mucho tiempo equipara el síntoma a un cuerpo extraño que mantiene incesantes fenómenos de estímulo y reacción en el tejido en el que se aloja". Pues es válido decir que lo real es "eso" extraño para el sujeto. "Eso" que está por fuera del sentido que se diferencia del sin sentido del orden simbólico.

Hasta aquí podemos ir haciendo diferentes articulaciones teóricas que surgen de la praxis psicoanalítica; con lo que todo analista tropieza en la dirección de la cura es con lo real que se pone en juego, caso por caso. Pero hay que estar advertidos como analistas en relación con "ese" real que se pone en juego: es un juego por fuera del sentido, pero nunca es un juego que no tiene sentido, porque tal vez ése sea su sentido.

Lacan, en el seminario 24 "L'insu..." dice: "Hay una cosa que es en todo caso cierta, tanto como una cosa puede serlo, es que la idea misma de real comporta la exclusión de todo sentido. No es sino en tanto que lo real está vaciado de sentido que podemos aprehenderlo un poco, lo que evidentemente me lleva a no darle incluso el sentido del uno. Pero de todos modos es preciso colgarse de alguna parte, y esta lógica del uno es lo que resta –resta, como ex-sistencia".

Continuamos nuestro derrotero por esta cara del síntoma, el síntoma que es Jano. Las indicaciones que hacen Freud y Lacan van situando con precisión el síntoma y el goce que se localiza en él. En la última cita aparece la notación de cuerpo extraño, lo que nos permite ubicar dónde el goce del síntoma habita: no cabe duda alguna de que es en el cuerpo; recordamos que el síntoma trastoca la función o la carne como nos enseña Lacan, o sea que el cuerpo queda marcado, soporta las marcas del goce; éstas se inscriben en él, en su superficie se incrusta a contrapelo el resto que no fue simbolizado, el goce es el testimonio de la falla del orden simbólico, y su soporte es el cuerpo.

Cuerpo al que se le anuda una letra cifrada, testimonio de lo que no cesa de inscribirse, mostrando la cara contraria del placer.

En este punto, cabe preguntarse qué estatuto tiene lo que se escribe en el cuerpo. Siguiendo la enseñanza de Lacan, podemos asegurar que de lo que se trata es de significantes, pero no son significantes funcionando en cadena; no hacen cadena, no vienen a representar a un sujeto para otro significante, están aislados, y como tales, no significan nada. Que no signifiquen nada les aporta la consistencia de estar por fuera de sentido, y su modo de funcionamiento es la repetición. Acerca de ésta, Lacan en el seminario XVII dice en forma radical: "lo que exige la repetición es el

goce". De lo que se puede deducir que dichos significantes responden a la marca primera que es el rasgo unario, donde se puede ubicar el origen del significante. Se trata de un S1 por fuera de la cadena, como la insignia de la que nos habla Lacan, uno de los nombres del goce.

Si partimos de la particularidad de este S1, es claro que no es un llamado al Otro: este S1 no tiene necesidad de él, se basta a sí mismo, o sea, estamos confrontados a un goce autista e intransferible, punto inercial donde cada analista verifica lo que no anda, pero repite. Vía la repetición se orienta la cura, lugar preciso donde el operador llamado deseo del analista será puesto en función, para dejar un lugar vacante, vaciado de goce, verdad, saber y sentido para que el sujeto aloje ese resto de goce que es ese S1 desencadenado, convocado por la posición del analista dentro del dispositivo analítico, creado para alojar lo real que se presentifica en cada análisis.

Por lo tanto el analista advertido de la afirmación de Lacan acerca de que el síntoma se basta y no necesita del Otro, será el que convoque a "eso" que se basta en tanto no retrocede, vía su bien decir, para que lo mudo del síntoma comience a hablar.

Bibliografía

Caparrós, Nicolás (editor), *Correspondencia de Sigmund Freud: "El descubrimiento del Inconciente" (1886-1908)*, Barcelona, Editorial Biblioteca Nueva, 1997.

Freud, S., "Inhibición, síntoma y angustia", en *Obras Completas*, t. XX, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.

Lacan, Jacques, *Seminario 10, La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

Lacan, Jacques, *Seminario 17, El reverso del Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

Lacan, Jacques, *Seminario 24, "L'insu que sait de l'une bevue s'aile a mourre" », Inédito.*

Rabinovich, Diana, *El deseo del psicoanalista, Libertad y determinación en psicoanálisis*, Buenos Aires, Manantial, 1999.